

Editorial

Bioética, complejidad y tecnociencia

Los crecientes avances en el ámbito de la tecnociencia emergidos durante buena parte del siglo XX y lo que va de la presente Centuria, permiten detener el sentido de las reflexiones filosóficas sobre algunos aspectos que pienso son de interés emergente: por un lado se hacen intentos por establecer ciertos límites a lo que se ha venido denominando como “desafueros de la ciencia y la tecnología”, de implicación epistemológica a lo externo del conocimiento así surgido; pero por otro lado, se han hecho también no pocos intentos por establecer un cierto orden normativo que permita desde el punto de vista del *ethos* civilizador sentar las bases de un nuevo orden social. Esto último ocurre bajo el amparo de concepciones morales, surgidas en un mundo de vida globalizado forzado en su cosmovisión por mor de las circunstancias; este mundo de vida ha sido, a su vez, objeto de innovadores intentos de protección como forma de perpetuarse lo humano, justamente en el contexto de una tendencia tecnocientífica que provoca lo contrario de lo que se propone: la propia destrucción como orden social, a partir de los riesgos tecnológicos involucrados. Veamos estas dos cuestiones no necesarias en la teoría que describe el orden social que despunta, aunque si posiblemente antagónicas.

En cuanto a lo primero, los desafueros de la ciencia y la tecnología, es impresionante ver cómo a partir de la trama social se tejen madejas que permiten ver de forma entrecortada la aparición de nuevos elementos direccionadores de la innovación científico-tecnológica, de manera que al amparo de esa dinámica generatriz, va conformándose a su vez un aparato tecnopolítico que propicia la deshumanización a través de los inventos que subsumen la vida humana como mera sustancia, pero también a partir del dominio biopolítico que hace promesas de mejor vida gracias a las innovaciones con incidencia en los procesos reproductivos de lo humano (entendiendo aquí por “reproductivo” todas sus significa-

ciones). De esta manera, la biopolítica hará intentos por entender el papel que juega la tecnociencia en la reproducción de la vida para la toma de decisiones, precisamente asumiendo el rol diseñador de vida no solo social sino con claras intervenciones en el orden natural de las cosas.

De lo anterior se puede colegir que la vida que hace intentos por perpetuarse se ve manipulada por una vida que ha sido introducida en el entramado generatriz sin que haya sido llamada, pero también sin que haya surgido de forma natural y espontánea. La cuestión no es meramente ontológica pues trastoca los límites de la vida que surge sin más condiciones que las relaciones estocásticas que se presentan en el mismo devenir de la vida, modificando justamente su naturaleza ontológica. De allí que al considerar los elementos que intervienen en la reproducción del orden vital, los elementos propios del ecosistema planetario se encuentran de forma subrepticia con elementos no previstos en la memoria genética de ninguno de los agentes convergentes para la creación de la vida. De allí entonces que los propósitos reproductores del conocimiento tecnocientífico vayan más allá de lo previsto, justamente cuando se trata de materializar legítimas aspiraciones de mejor vida gracias al conocimiento. Los desafueros consisten entonces en no poder controlar lo que no se previó para su control.

En cuanto al otro sentido de consecuencias de la tecnociencia que provoca las intenciones de fundación de nuevos órdenes normativos, es importante resaltar que desde mediados del siglo XX se han hecho intentos por restablecer ese sentido de convivencia planetaria a través de un sistema de controles normativos éticos y jurídicos, con un alcance propio para la justificación de las consecuencias que provoca el conocimiento emergente. Se trata de ubicar en el entramado de la praxis humana el orden que surge para equilibrar el desbalance que produce un desconcierto epistemológico en torno al conocimiento emergente, como parte de las estrategias de desarrollo humano logrado por la construcción de conocimiento. Al producirse la paradoja del conocimiento útil, esto es, aquella que nos coloca en una encrucijada de beneficios y peligros, pensamos seriamente en ese orden normativo ético y jurídico. *Conocimiento para qué* es la pregunta que surge al fragor de las luchas cognitivas que pugnan por posicionarse en el mundo de vida como si el producto fuera una mercancía más. Es por ello que el conocimiento ya no es sin más. No se conoce por conocer, sino que se conoce para obtener beneficios. Se inau-

gura así la etapa de la “sociedad del conocimiento”, en cuyo contexto nace la bioética en su versión originaria, aunque propiamente estas preocupaciones se deben al pensamiento surgido al comienzo de la tercera década del siglo XX, de la mano del pedagogo, teólogo y filósofo alemán, Fritz Jahr.

Las consecuencias, entonces, de esta perspectiva normativista que se instala al fragor de las pugnas epistemológicas y tecnocientíficas, no son otras que la instauración de un mundo de vida marcado por un entramado de complejidad, porque complejas son las cuestiones inherentes al giro tecnocientífico: mediar entre una ciencia que busca resolver las incógnitas de tipo cognitivo y plantearse la reproducción de la vida a través de un sentido de dignidad humana, no es propio de un camino simplificado del acontecer crítico de la acción. Al contrario, se trata de enrumbar el camino de la producción de conocimiento no solo que sea útil a la vida en comunidad, sino que se reconozca en un contexto de complejidad creciente para sortear las incertidumbres que va dejando la estela cognitiva. Por esta vía no solo se trata de la complejidad social de la vida humana, sino de la complejidad ontológica del entramado físico-material y energético que conforma el entorno vital.

Pero no solo se debe reconocer esa complejidad creciente de forma procedimental. También habrá de reconocerse el orden complejo en las relaciones complejas producidas en la interacción entre humanidad y naturaleza, pues la madeja de problemas que enfrenta la ciencia emergente camina por senderos de interacción compleja también: el conocimiento se transforma en un entramado de complejidad que vincula problemas ontológicos y problemas epistemológicos, a través de un proceso de descripción del orden natural y social, pero también mediante la conexión entre esos ordenes con los dispositivos tecnológicos que reproduce aquella interacción. Queda así disuelta, otológicamente hablando, la falacia naturalista, de tanta preocupación desde la modernidad.

Por las razones expuestas, el contexto de complejidad creciente del mundo de vida, pero también de aquello de lo cual toma como asiento para su despliegue, son preocupaciones de la bioética en tanto disciplina que ha surgido al fragor de las inhumanidades que se evidenciaron en el pasado reciente frente al desarrollo tecnocientífico. De esta forma, complejidad y bioética conforman una conjunción de estrategias de investigación acerca de los problemas crecientes del conocimiento, este

último responsable de los logros referentes a la calidad de vida de buena parte de los habitantes del planeta, pero también, de los grandes males que se supone ha debido aliviar pero que por desgracia para millones no ha resuelto. El paradigma bioético ha comenzado a dejar sus huellas en los caminos de incertidumbre de la posmodernidad ilustrada.

Dr. José Vicente Villalobos Antúnez
Editor Jefe